

Recuerdo que cuando volvía a mi exagerada rutina de trabajadora independiente precarizada me había acostumbrado a vivir bajo las órdenes de quienes comenzaron siendo unas útiles resolvedoras de problemas pero luego tomaron un lugar inesperado en mi vida...

App 1: Hola Lorna, soy tu MenstruApp. ¿Cómo estás hoy? Cuéntame: ¿Qué consistencia tiene tu flujo hoy? ¿Queso cottage? ¿Yogur light? ¿Gelatina sin color? ¿Te has sonado la nariz? ¿Cuántas veces fuiste al baño?

App 2: Hola Lorna, soy tu AmorosaApp! Te cuento que Jorge, soltero de 35 años, ha subido una nueva foto. No te olvides que Ana, edad no pública y en una relación abierta ¡quiere conocer amigas para salir esta noche! Alfa, soltero de 28 años y amante de los caballos, está esperando que le respondas su mensaje.. uhuhu

App 3: Lorna, ¡buenas tardes! ¿Cómo está tu nivel de hidratación hoy? Has caminado 25 kilómetros, ingerido 900 calorías y con un sol brillando a 35° es hora de que bebas un vaso de agua, ¡agua, agua, agua!

Lorna: ¡Así eran mis días! Puro me gusta, favoritear y chatear. Sentía que mi vida estaba bajo mi control aunque solía quedarme dormida con el celular pegado a mi propia baba o amanecía con el aparato vibrando entre las sábanas.

Narradora 2: Así pasaban los días, semanas y meses. Lorna respondía diligente, descargaba actualizaciones y nuevas apps. De esa manera autorizaba los desproporcionados contratos que dichas mascotas digitales le proponían antes de comenzar a funcionar. Lorna actualizaba obediente su foto de perfil, compartía su temperatura uterina y le avisaba a la app de la hidratación cuánto había sudado esa noche en la fiesta. Sus mascotas digitales le demandaban cada día más atención. El reclamo de alimento era inagotable: acceso a la agenda de contactos, disponibilidad de uso de la galería de fotos, lectura de los mensajes de texto del móvil y un sin fin de información.

Lorna: Por esas épocas iba tan reconcentrada en la pantallita del celular que me salvé dos veces de ser atropellada por una camioneta, gracias a los transeúntes que en el momento en que iba a cruzar consiguieron gritarme y hasta empujarme. Gracias a que esas personas desconocidas me despabilaron es que hoy estoy aquí contándoles el cuento.

Narradora 2: Hasta que un día nublado del año 2047 en un mundo ya sobrecargado de servidores produciendo, almacenando y reconcentrando datos íntimos de personas se dio el famoso apagón que todos esperaban desde el 2000.

Dichos centros de datos (que se alimentan de lo que nosotras les damos cuando cliqueamos aceptar en sus términos y condiciones) están dedicados las 24 horas a entrenar a sus programas con una cantidad de información que pocas veces en la historia otras empresas u organizaciones ostentaron. Esos algoritmos sedientos de cada vez más datos fueron superados por nuestra entrega humana desenfrenada y entonces.

Fueron 25 minutos sin luz, ni datos, ni internet, ni apps que bastaron para que 8 trenes descarrilaran, 20 aviones desaparecieran de los radares y miles de personas se suicidaran. Millones de otras seres humanas salieron al balcón, a las calles y a los parques a simplemente mirar el cielo y compartir las novedades o ¡tomar un mate con las vecinas!

Lorna: Ese día recuerdo que me desmayé. Cuando reabrí los ojos una línea verde como el ojo de una serpiente enojada atravesaba la pantalla de mi celular. Antes de beber agua tanteé el botón para reiniciar mi celular. No me importó nada más. “¡Sí! amiguito, enciéndete que si tu no estás en mi vida ya nada será igual” le dije con mi ingenuidad treintañera. Pero nada sucedió. La luz verde siguió encendida hasta la noche y a los pocos días comenzó a titilar hasta apagarse... Recuerdo que los gobiernos autoritarios de esas épocas que habían dejado el desarrollo de las tecnologías en manos privadas no sabían qué hacer con el recalentamiento de los servidores globales, entonces (como suelen hacer los gobiernos desorientados) ¡prohibieron la venta de celulares durante los siguientes dos años! Esos años pasaron con las personas reclamando desesperadas. ¿Cómo sería volver a mirar a las caras y no a los celulares? ¡Pánico! ¡Éramos miles de millones que habíamos adoptado mascotas virtuales!

Narradora 2: El recalentamiento global de los centros de datos redundaron en una filtración masiva de las interacciones que dichas empresas registraban. Era común que los medios de comunicación masivos accedieran rápidamente a la vida de personas y las extorsionaran: *“Lorna salió dos veces con Lucho y tuvieron relaciones sexuales en las dos ocasiones” “Juan se depiló las piernas antes de salir con Tony” “Graciela se olvidó 30 veces de beber su vaso de agua” “Melina hizo 25 transacciones bancarias antes de viajar a Perú”*. También había grandes mercaderes de datos que comenzaron a lucrar con los detalles más íntimos y delicados: historiales de atención médica, trayectos bancarios y conversaciones en los chats de las redes sociales más conocidas. Las informaciones eran variadas, precisas e involucraban los intereses de todas las ciudadanas comunes. Un torrente de datos peligrosísimo e incesante...

Lorna: Recuerdo que los gobiernos, como siempre, no sabían qué hacer con la fuga de datos y las delaciones, entonces con su fórmula de siempre iban y cerraban los medios.

Después los abrían pero prohibían la divulgación de datos provenientes de la minería de datos. Por su parte, la población realizaba ceremonias mágicas de exorcismo de conjunto de datos. Recuerdo que hubo entierros electrónicos de celulares y rituales de resucitación de apps. Nada funcionaba y la gente se enloquecía y pataleaba aún más. Años después del bloqueo muchas nos dimos cuenta que las mascotas chupa-datos habían sido las causantes del recalentamiento de centros de datos globales y que ¡además estaban alimentando a las empresas que concentraban su riqueza en datos e informaciones privadas! Después de eso, para muchas personas como yo (aunque no para todas) volver a usar celulares llenos de apps o mascotas virtuales pasó a ser como tomar sol untada en aceite de autos o... tener relaciones sexuales con desconocidos sin usar protección. ¡¡NI LOCAS!!

Ahora sí, lo que nunca dejé ni voy a abandonar es el sano hábito del sexting. Claro! Mandarme mensajes sexys, fotos calentitas y videos en los que resguardo mi identidad pero pongo en juego la sensualidad de mis carnecitas sigue siendo mi pasión!!

“Quique cada vez que te mostras así siento que mis dedos (y otras partes de mi cuerpo) se erizan al rozar el teclado. Te ronronea, Lorna. rrrrr”.

Narradora 1: Así cerramos el primer capítulo “Señoras de internet” en el que nuestra adorada tecno-ancestra Lorna compartió sus vivencias en una rutina plagada de mascotas chupa datos, **cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia**. Esta historia no tiene moraleja si no más bien significados múltiples. Las Señoras de Internet desde este espacio-radial, libre alternativo y auto gestado estimulamos el envío de imágenes divertidas, fotos sensuales y videos osados. O sea: ¡que viva el sexting! Y que sea siempre con las medidas de anonimización necesarias! Queremos, sin embargo, criticar junto a la historia de la abuela Lorna las relaciones tecnológico-adictivas a las que nos sometemos con nuestros celulares, y a la que nos someten otros dispositivos y plataformas comerciales. Observamos un gran problema en el método de extracción de datos que los enormes conglomerados tecnológicos realizan sin nuestro consentimiento a través de las apps y demás plataformas. Aún con nuestro consentimiento, la utilización posterior de nuestra información hiper-personal que pudiera perjudicarnos en un futuro es un tema clave para reapropiarnos de la internet y comenzar a descolonizarla.

Nos despedimos hasta un próximo episodio de Señoras de internet... ¡que te volará la peluca de fibra óptica!

Locutora: Este podcast fue posible gracias a la increíble fuerza creativa de mujeres chingonas, con el apoyo de la campaña Dominemos la tecnología.

Visítalas en www.takebackthetech.net/es